

gelin propuso un paseo por el parque, hasta la Granja. Durante todo el almuerzo se había deshecho en obsequios para Fernanda, que continuaba esquivando. No le había permitido pisarla el pie bajo la mesa; no le respondía siquiera y guardaba sus sonrisas para el Sub-Prefecto, que tenían enfrente. Ocho días duraba ya aquello. No había favores para él, cuando se permitía no obedecer inmediatamente á uno de sus caprichos. El fondo de su presente querrela era que había exigido Fernanda que él invitase á una cacería, con galgos, por el solo placer de lucir un vestido nuevo. Se había negado Boisgelin, por lo cara que salía la fiesta; y Susana que sabía algo, le había replicado que fuese razonable. De este modo, la lucha era ya entre las dos mujeres; se trataba de saber quien vencería, si la querida ó la esposa. Durante el almuerzo, Susana, con su triste y suave mirada, no había perdido de vista la frialdad afectada de Fernanda, ni la solicitud inquieta de su marido. Así que cuando este propuso lo del paseo, comprendió que solo buscaba ocasión de verse á solas con la melindrosa, para defenderse y reconquistarla. Ofendida, incapaz de combatir, se recogió en su dignidad dolorida, y dijo, que ella se quedaba, para acompañar á los Mazelle, que por higiene no daban un paso después de comer. El presidente Gaume, su hija Lucila y el capitán Jolivet, declararon también que no se moverían; y entonces, el cura, Marle, propuso una partida de ajedrez al presidente. Aquiles Gourier ya se había despedido, contento al verse libre con sus sueños, por el ancho campo, á pretexto de un exámen que estaba preparando. De modo que nadie más que Boisgelin, el sub-prefecto, los Delaveau, el matrimonio Gourier y Lucas fueron á la Granja, á paso lento, á través de los árboles centenarios del parque.

Iban por bien parecer los cinco hombres en un grupo, y Fernanda y Leonor detrás, muy metidas en una conversación íntima. Boisgelin se deshizo en lamentos sobre las desgracias de la agricultura; la tierra se declaraba en bancarrota, los labradores corrían á una ruina próxima. Chátelard y Gourier estuvieron de acuerdo en que el problema terrible, sin solución por ahora, estaba allí; pues para que el obrero in-

dustrial pudiera producir, hacía falta que el pan estuviese barato, y si el trigo estaba barato, el paisano arruinado ya no compraba los productos de la industria. Delaveau creía que la solución estaba en un proteccionismo inteligente. Lucas, á quien interesaba la cuestión, les hizo hablar, y sobre todo obtuvo informes de Boisgelin, que acabó por confesar que su desconfianza provenía de sus continuas dificultades con su colono Feuillat, cuyas exigencias crecían de año en año. Iba á tener que dejarle al llegar el nuevo arriendo, porque el llevador había pedido una disminución del diez por ciento en el precio de la renta; lo peor era que, con el temor de no seguir en las fincas, ya no cuidaba las tierras, no las abonaba y decía que no tenía porque trabajar en provecho del que viniera detrás. Así se esterilizaba la propiedad, herida de muerte poco á poco.

—Y en todas partes es lo mismo,—continuó Boisgelin.—No hay modo de entenderse; los labriegos quieren echárselas de propietarios, y quien paga es el cultivo... Vean ustedes; en Combettes, la aldea que no está separada de mis tierras más que por la carretera de Formeries, no pueden ustedes figurarse lo mal que se entienden; los esfuerzos que cada aldeano hace para dañar al vecino, inutilizándose á sí propio... ¡Oh el feudalismo tenía algo bueno; todos estos valientes se alinearían si no tuviesen nada, ni pudiesen soñar con tenerlo.

Esta conclusión imprevista hizo sonreír á Lucas; pero lo que le sorprendía era la confesión inconsciente de que la pretendida quiebra del terruño venía solo de la falta de inteligencia. Y ahora al salir del parque, su mirada se extendía por la llanura inmensa, por aquella Rumaña tan célebre antaño por su fecundidad, acusada ahora de no poder ya sustentar á sus habitantes. A la izquierda veía extenderse los vastos dominios de la Granja, mientras que á la derecha distinguía los pobres tejados de Combettes, en torno de los cuales se agrupaban campos extremadamente divididos, cuatro terrones todavía desmigajados por las herencias, semejantes á una tela toda piezas y remiendos. ¿Y qué hacer para que volviese la concordia, para que de estos esfuerzos contradicto-

rios y dolorosos naciese el gran impulso de solidaridad en nombre de la felicidad de todos?

Llegaban ya á la Granja, edificio ámplio y de buen aspecto y justamente en aquel instante pudieron oír juramentos, puñetazos sobre las mesas, todo el ruido violento de una disputa. En seguida vieron salir de la casa á dos aldeanos, el uno gordo y pesado, el otro flaco y de mal genio, los cuales, después de haberse amenazado por última vez se alejaron, dirigiéndose á campo traviesa hacia Combettes, cada uno por camino diferente.

—¿Qué pasa, Feuillat?—preguntó Boisgelin al colono, que estaba de pie en el umbral.

—¡Oh, nada, señor!... Dos de Combettes... Lo de siempre, una disputa por un lindero, y querían que yo decidiera el caso. Años y años, de padres á hijos, los Lenfant y los Yvonnot están en continua pelotera, y nada más que con verse se vuelven locos... Por más que he querido llamarlos á la razón, nada; ya los han oído ustedes; van á comerse. ¡Y vaya si son animales, santo Dios, cuando serían tan fuertes si quisieran pensar un poco y entenderse!

Luego, sin duda descontento por haber dejado escapar esta reflexión, que no era buena para dicha delante del amo, disimuló, mirando vagamente; y borrando toda expresión de su rostro, añadió:

—Si estas señoras y estos caballeros quieren entrar y descansar un momento...

Pero Lucas había visto brillar sus ojos. Le sorprendió encontrar á aquel hombre alto y delgado, tan seco, de color de tierra, quemado ya por las horas de sol ardiente, á los cuarenta años apenas. Era con todo de muy viva inteligencia, como pudo notarle oyéndole conversar con Boisgelin. Le había preguntado éste, risueño, si había pensado bien lo de la renta, y el colono había movido la cabeza respondiendo con pocas palabras, como diplomático ganoso de vencer. Sin duda se reservaba su idea; la tierra para los que la cultivaban, de todos, para que se volviese á quererla y fecundarla. ¡Amar el terruño! y se encogía de hombros. Su padre, su abuelo, lo habían querido furiosamente. ¿De qué les había servido? El esperaba poder quererlo otra vez, cuando lo trabajara para sí,

para los suyos, y no para un propietario, que sólo pensaría en subir la renta el día que doblase la cosecha. Y más había en el fondo de sus medias palabras, en su clara mirada al porvenir: la prudente inteligencia entre los aldeanos, los campos tan divididos trabajados en común, la gran cultura intensiva, con máquinas. Eran estas ideas raras que él se había ido formando poco á poco, que los burgueses no tenían para que saber, pero que á veces se le escapaban sin pensarlo.

Acabaron por entrar un momento y sentarse, en la alquería; y Lucas encontraba allí las paredes frías y desnudas, el olor de trabajo y de pobreza que la víspera le habían impresionado tanto en casa de los Bonnaires, en la calle de las Tres Lunas. Seca y tabián terrosa como su marido, estaba allí la Feuillat callada, con su único hijo, un muchachote de doce años, León, que ayudaba á su padre. En todas partes lo mismo; en casa del aldeano como en casa del obrero, el trabajo maldito, con estigma de deshonor, convertido en laceria y sin sustentar siquiera al esclavo aherrojado en su oficio, como por una cadena. En la aldea cercana, en Combettes, el padecimiento era sin duda mayor todavía: casas sórdidas, una existencia de animales domésticos alimentados con sopas; los Lenfant, con su hijo Arsenio y su hija Olimpia, los Yvonnot, que tenían otros dos, Eugenia y Nicolás, todos comiendo en la artesa inmunda de la miseria, agravando sus males por el rencor con que se devoraban. Lucas escuchaba, miraba, evocaba este infierno social, y se decía que la solución del problema social estaba allí, con todo; porque el día en que se reconstituyera toda una sociedad nueva, habría que volver á la tierra, la eterna nodriza, la madre común, la única que podía asegurar á los hombres el pan de cada día.

Al dejar la alquería, dijo Boisgelin á Fouillat:

—En fin, usted lo pensará, amigo mío. La tierra ha ganado y es justo que yo me aproveche de ello.

—¡Oh, ya está pensado, señor!—respondió el casero;—tanto me dá reventar de hambre en medio de la calle ó en casa del amo.

A la vuelta, cuando damas y caballeros se dirigie-

ron á la Guerdache, por otro camino del parque más solitario y sombrío, se formaron nuevos grupos; el Sub-Prefecto y Leonor se retrasaron y pronto se quedaron á la cola, muy lejos, pero contentándose con charlar plácidamente como antiguo matrimonio; mientras Boisgelin y Fernanda, que se habían separado poco á poco, desaparecieron, como si hubiesen equivocado el camino, perdidos por extraviados senderos; tan animada era su conversación. Con paso igual, tranquilo, los dos maridos Gourier y Delaveau habían seguido por la calle de árboles, comentando un artículo sobre el fin de la huelga de *El Diario de Beauclair*, un periódico que tiraba quinientos ejemplares y publicaba un tal Lebleu, humilde librero clerical, al que daban artículos el cura Marle y el capitán Jollivet. El Alcalde deploraba que se hubiese metido á Dios en la danza, si bien aprobaba, como el director del Abismo, este canto de triunfo en que se celebraba con estilo lírico la victoria del capital sobre el salario. Lucas, que iba cerca de ellos, aburrido, se fué quedando atrás y echó por medio de la espesura, seguro de que al fin llegaría á la Guerdache.

¡Cuán adorable soledad en aquel espeso tallar, en que el tibio sol de Septiembre entraba como lluvia de un polvo de oro!

Anduvo algún tiempo á la ventura, contento de verse solo al fin, respirando á sus anchas, en plena naturaleza, como libre del peso que le aplastaba, desde que toda aquella gente pesaba sobre su cerebro y sobre su corazón. Quiso, sin embargo, alcanzarlos, pero de repente dió, cerca de la carretera de Formeries, en anchos prados, en medio de los cuales un pequeño brazo del Mionna alimentaba una gran charca. La escena que se le ofreció le divirtió mucho y fué para él de encanto y de esperanza.

Allí estaba Pablo Boisgelin, que acababa de obtener permiso para llevar hasta aquel sitio á sus dos convidadas, Nisa Delaveau y Luisa Mazelle, cuyos tres años suponían pies demasiado pequeños para ir muy lejos. Las niñeras, tendidas bajo un sauce, charlaban sin pensar en los niños; pero lo grave del lance, era que el futuro heredero de la Guardèche y las dos damas de babero, habían encontrado la charca ocu-

pada por una invasión popular; por tres galopines conquistadores que debían de haber escalado una tapia ó que se habían deslizado por debajo de un seto. Lucas, muy sorprendido, reconoció á Nanet, el jefe, el alma de la expedición, seguido de Luciano y de Antonieta Bonnaire, á quienes seguramente había seducido, arrastrándolos tan lejos de la calle de las Tres Lunas, gracias á la libertad del domingo. Todo se explicaba. Luciano había inventado un barquichuelo que navegaba sólo, y Nanet se había ofrecido á llevarlos á una charca que él conocía, donde jamás se encontraba á nadie. El barquichuelo caminaba solo por el agua clara, sin ondas. Era un prodigio.

Sencillamente, Luciano había tenido un rasgo genial, utilizando el infantil mecanismo de un cochecillo que giraba, un juguete de noventa y cinco céntimos, sin más que adaptar las ruedas, provistas de paletas, á un barco hecho de un pedacito de pino, ahuecado. Caminaba la máquina sus diez metros sin volver á darle cuerda. Lo peor era que había que coger el barco con una pértiga, y esto á cada instante los ponía en peligro de echarlo á pique. Petrificados de admiración, Pablo y sus dos convidadas, permanecían en pie al borde de la balsa. Luisa sobre todo, con los ojos brillantes en aquella carita de cabra caprichosa, pronto fué arrastrada por un deseo sin límites. Tendió las manitas y exclamó:

—Quiero yo, quiero yo...

Luego corrió hacia Luciano, que acababa de recoger con la pértiga el barco, para darle cuerda. La buena naturaleza, en el placer del juego, los juntó. Se tutearon.

—Soy yo quien lo ha hecho ¿sabes?

—¡Oh, déjame ver, dámelo!

El chico no quiso, defendió su propiedad contra las manitas despojadoras.

—¡Ah, no, esto no, me costó mucho trabajo... Vas á romperlo, suéltalo.

Sin embargo, acabó por ablandarse, viendo á la niña tan mona, tan alegre y oliendo tan bien.

—Yo te haré otro si quieres.

Y como el barco, otra vez en el agua, caminaba de nuevo con sus ruedas, la niña aceptó la oferta, batió

palmas y se sentó junto á Luciano sobre la hierba, vencida á su vez, ya tan compinches y sin separarse más de él.

Pablo, el mayor de todos, que por sus siete años era ya un hombrecillo, tuvo en tanto la idea confusa de que debía procurar enterarse. Se había fijado en Antonieta, cuyo aspecto amable y cuyo rostro sano y bonito le animaban.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Yo, cuatro; pero papá dice que aparento seis.

—¿Y quién es tu papá?

—Toma; papá es papá, pareces tonto; que cosas preguntas.

Se reía con tanta gracia, que el niño juzgó la respuesta decisiva y no la preguntó más. También se sentó junto á ella y al punto fueron los mejores amigos del mundo. Sin duda no echó de ver que llevaba un vestidillo de lana, nada bonito: hasta tal punto le parecía agradable con aquel aire de salud y de confianza.

—¿Y tú? ¿Quién es tu papá? ¿Son suyos todos estos árboles? ¡Hay que bien! ¡Tú sí que tienes sitio para jugar!... Nosotros nos hemos metido por el agujero de la sebe; allá abajo.

—Está prohibido... Tampoco me dejan á mí venir aquí, porque tienen miedo de que me caiga al agua. Y dá tanto gusto... No hay que decir nada, nos castigarían á todos.

Pero de pronto, hubo allí un drama. Nanet, tan rubio y desgreñado, se había pasmado ante Nisa, más desgreñada y rubia que él. Parecían dos juguetes: se fueron el uno al otro enseguida, como si su encuentro fuera una cosa necesaria, y se hubieran esperado. Ya estaban cogidos de la mano y se reían cara á cara, jugando á empujarse. Nanet que se la echaba de valiente exclamó:

—Para coger el barco de ese no hace falta el palo... Voy á buscarlo yo dentro del agua.

Entusiasmada Nisa, que también estaba por los juegos extraordinarios, apoyó la proposición.

Eso es, vamos á meternos dentro del agua: hay que quitar los zapatos.

Y al inclinarse por poco se cae al agua. Toda su

valentía de chiquilla la abandonó y lanzó un grito terrible cuando sintió que el agua le mojaba las botinas. Nanet, hecho un bravo, se había lanzado y la había cogido con sus brazos pequeños pero ya fuertes. La llevaba como una conquista y un trofeo; la dejó sobre la hierba y volvió la niña á reirse jugando con él y echándose mano, rodando juntos, como alegres cabritos. Pero el grito agudo que la había arrancado el miedo, acababa de sacar á las niñeras de su descuidada charla bajo el sauce. Se habían levantado, habían visto con asombro la pandilla invasora, aquellos galopines caídos de las nubes, que se permitían arrastrar al desenfreno á los hijos de burgueses, confiados á su custodia. Acudieron con aire tan irritado, tan terrible, que Luciano se apresuró á recoger el barco, despejando á todo correr, por miedo de que se lo confiscaran. Antonieta le seguía y hasta el mismo Nanet, á quien arrastraba el pánico. Galoparon hasta el seto, se echaron á tierra, se deslizaron por el agujero y desaparecieron, mientras que las dos niñeras volvían á la Guerdache con los tres niños, conviniendo con ellos en no decir nada para que no se riñera á nadie.

Lucas se reía á solas, divertido con aquella escena, sorprendida bajo un sol paternal, en medio de la naturaleza, buena amiga. ¡Ah las valerosas criaturas! que pronto estaban de acuerdo, cuán fácilmente resolvían todas las dificultades, ignorantes todavía de las luchas fratricidas; y que sueño de triunfal porvenir traían consigo. A los cinco minutos estaba Lucas de vuelta en la Guerdache y allí volvió á caer en la execrable realidad presente envenenada de egoísmo, convertida en campo de batalla encarnizada de todas las malas pasiones. Eran las cuatro y los convidados se despedían.

Lo que le impresionó fué ver á la izquierda de la escalinata, cerca de él, al señor Jerónimo en su cochecillo. Acababa de volver de su largo paseo y había hecho una seña al criado para que le dejase un instante en aquel sitio como si quisiera asistir á la despedida de los convidados, bajo un sol tibio que ya alumbraba de soslayo.

En lo alto de la escalinata, Susana, entre aquellas

damas y caballeros que se disponían á marchar, esperaba á su marido que se había retrasado acompañado de Fernanda. Ya hacía algunos minutos que todos los demás habían vuelto, cuando los vió aparecer charlando á paso lento como si se pensarán que aquella larga soledad de dos era lo más natural del mundo. No provocó Susana ninguna explicación, pero bien notó Lucas que sus manos temblaban ligeramente, mientras que una amargura dolorosa asomaba en sus sonrisas de señora de su casa obligada á mostrarse amable.

Pero sintió el agudo dolor de una herida, que á su pesar la hizo estremecerse, cuando Boisgelin, dirigiéndose al capitán Jollivet, le dijo que iría á verle para consultarle y organizar con él la partida de caza con galgos que hasta ahora solo había sido para él un vago proyecto. De modo que era cosa hecha: la esposa quedaba derrotada, y venía la querida que había impuesto su capricho de despilfarro y de locura durante aquel paseo imprudente, como una citada en público.

Susana sintió rebelársele el alma: ¿por qué no cogía á su hijo y se marchaba con él? En seguida, con un visible esfuerzo se calmó, muy digna, muy grande, guardando el honor de su nombre y de su casa, con su abnegación de mujer honrada, con aquel silencio de heroica ternura en que había resuelto vivir, contra el lodo que la rodeaba; y Lucas que lo adivinaba todo, ya no conoció su tortura más que en el temblor de su pobre mano febril cuando se la estrechó al despedirse.

El señor Jerónimo había seguido la escena con aquella mirada transparente como agua de manantial, que hacía preguntarse con angustia si había allí todavía un pensamiento, una inteligencia que comprendía y que juzgaba; luego asistió á la marcha de todos los convidados, como un desfile de todas las potencias, de todas las autoridades sociales, los señores que el pueblo tenía como ejemplo. Châtelard en carretela partió con Gourier y Leonor, la cual ofreció un sitio al cura Marle, de manera que ella y el clérigo se sentaron codo con codo en el asiento delantero, y el sub-prefecto y el alcalde enfrente de ellos.

El capitán Jollivet que conducía por sí mismo un tilburi de alquiler, se llevó al presidente Gaume y a Lucila, su novia, siempre vigilada por su padre, á quien inquietaban sus gracias de tórtola pasmada. Por último, los Mazelle, que habían venido en un landeau inmenso, á él volvieron como á un blando lecho, donde medio acostados acabarían de mecer su digestión. Y el señor Jerónimo, al cual no hicieron más que saludar todas, según la regla de la casa, los siguió con sus miradas como un niño sigue las sombras que pasan, sin revelar ninguna clase de sentimiento en su rostro frío.

Sólo quedaban los Delaveau, y el director del Abismo se empeñó en llevar á Lucas consigo en la victoria de Boisgelin, para evitarle la vuelta á pie. Nada más sencillo que dejarle á la puerta de su casa, pues pasarían por delante de la Crécherie. Como no había más que una bigotera, Fernanda llevaría á Nisa en el regazo, y la niñera iría junto al cochero. Delaveau insistía con la mayor cortesía.

—De veras, señor Froment, sería para mí un verdadero placer.

Lucas tuvo que aceptar. Boisgelin, con torpeza, volvió á hablar de la partida de caza, poniendo empeño en saber si Lucas estaría todavía en Beauclair para asistir á ella. Respondió el joven que no lo sabía, pero que no había que contar con él. Susana le escuchaba sonriente; después con los ojos húmedos por la fraternal simpatía, le estrechó la mano otra vez.

—Hasta la vista, amigo mío.

Y cuando por fin arrancó la victoria, Lucas volvió á encontrarse por última vez con los ojos del señor Jerónimo, que le pareció que iban de Fernanda á Susana, observando lentamente la destrucción suprema. Acaso sería una ilusión; acaso en el fondo de sus ojos solo había asomado la única emoción que á veces lucía en ellos en vaga sonrisa, cuando miraba á su querida nieta, la única á quien amaba todavía, la única á quien quería reconocer.

Mientras la victoria rodaba hacia Beauclair, no tardó Lucas en comprender por qué Delaveau había deseado tanto llevarle consigo. Se puso á preguntarle el motivo de su improvisado viaje, lo que venía á ha-

cer y la nueva dirección que Jordán iba á dar á su horno alto, muerto Laroche, el antiguo ingeniero. Uno de los proyectos secretos de Delaveau había sido siempre comprar el horno alto, y el vasto terreno que le separaba de su fábrica, para doblar de este modo el valor del Abismo, englobando en él la Crécherie. Pero era un bocado caro, y por lo pronto no había esperado más que ir extendiéndose de modo lento y progresivo, porque no tenía el dinero necesario, ni con mucho para hacer el negocio de un golpe. Pero la súbita muerte de Laroche había enardecido su deseo, y se decía que acaso podría entenderse con Jordán, del cual sabía que estaba abismado en sus estudios, y deseoso de desembarazarse de una gestión que le incomodaba. Por esto la repentina venida de Lucas le había alarmado tanto, temeroso de que el joven viniese á contrarrestar su proyecto, acerca del cual sólo había hecho hasta entonces prudentes indicaciones. A las primeras preguntas, hechas como al descuido, con aire bonachón, Lucas se puso en guardia, sin ver claro todavía; y respondió de modo evasivo:

—No sé nada; hace seis meses que no he visto á Jordán. En cuanto al horno alto, creo que va sencillamente á encargar su dirección á cualquier ingeniero joven, de mérito.

Mientras hablaba, notó que Fernanda no le quitaba los ojos. Se la había dormido Nisa en el regazo y ella callaba, muy atenta, como adivinando que su fortuna se decidía allí; y fijaba los ojos en el joven, en el cual ya olfateaba un enemigo. ¿No era ya partidario de Susana? ¿No los había visto de acuerdo, dándose la mano fraternalmente? Y ahora, Fernanda veía la guerra declarada, toda su hermosura se aguzaba en una sutil y cruel sonrisa, con el ánsia de la victoria.

—Lo que he dicho,—replicó Delaveau, batiéndose en retirada,—fué porque me habían contado que Jordán pensaba entregarse por completo á sus inventos...

—¡Admirables!—respondió Lucas en el entusiasmo de la convicción.

El coche se detuvo delante de la Crécherie y se apeó Froment; dió las gracias y se encontró á solas. Temblaba, conmovido por un gran estremecimiento

causado por aquellos dos días, que el destino benéfico le había hecho vivir, desde su llegada á Beauclair. Había visto las dos facetas de este mundo execrable, cuyo armazón crujía podrido. Y la miseria de los unos, la riqueza emponzoñada de los otros. El trabajo, mal pagado, despreciado, distribuido injustamente, no era más que una tortura y una vergüenza, cuando debiera haber sido la nobleza, la salud, hasta la dicha del hombre. Su corazón estallaba, se le abría el cerebro, oprimido por aquella idea que había de nacer, que sentía como una preñez hacía algunos meses. Era un grito de justicia que brotaba de su sér entero, y á la hora presente, no tenía allí otra misión que acudir en socorro de los desgraciados y organizar un poco de justicia sobre la tierra.

IV

Los Jordán iban á llegar al día siguiente, lunes, en el tron de la tarde, á Beauclair. Lucas pasó la mañana vagando por el parque de la Crécherie, de veinte hectáreas á lo más, pero cuya situación excepcional, fuentes bullidoras y admirable verdura hacían de él un rincón del paraíso, célebre en toda la comarca.

La casa era un edificio de ladrillo, bastante estrecho, sin estilo, que el abuelo de Jordán había construido en tiempo de Luis XVIII, sobre el solar del antiguo palacio, quemado durante la revolución, y estaba arrimado al declive de los Montes Bleuses, una muralla escarpada y gigantesca, que formaba un promontorio á la salida de la garganta de Brías sobre la inmensa llanura de la Rumaña. El parque, abrigado de los vientos del Norte, al Mediodía, parecía una estufa natural en que reinaba una suave primavera. Toda una vegetación vigorosa cubría esta muralla de rocas, gracias á los arroyos que de ella caían por todas partes en cascadas cristalinas, mientras senderos de cabras subían como escaleras abiertas en la roca, entre plantas trepadoras y arbustos siempre verdes. Después los arroyos se juntaban, regaban como río de mansa corriente el parque entero, vastos prados de césped, ramilletes de grandes árboles, de lo más hermoso y fuerte. Jordán que quería dejar esta fecunda naturaleza entregada á sí misma, no

tenía más que un jardinero y dos ayudantes, encargados únicamente de la limpieza, con más un huerto y algunos cuadros de flores cultivadas delante de la terraza de la casa.

El abuelo, Aureliano Jordán de Beauvisage, había nacido en 1790, la víspera del terror. Los Beauvisage, una de las más antiguas y más ilustres familias del país, ya habían venido á menos, y de sus inmensos dominios de otros tiempos, no conservaban más que dos alquerías, unidas hoy al territorio de Combettes, sin contar cerca de mil hectáreas de peladas rocas de páramos estériles, toda una ancha faja de la meseta de los Montes Bleuses. No tenía Aureliano tres años, cuando sus padres tuvieron que emigrar, abandonando en una terrible noche de invierno su quinta, que ardía. Hasta 1816 vivió en Austria, donde, golpe tras golpe, perdió á su madre y á su padre, dejándole en espantosa miseria, educado en la ruda escuela del trabajo manual, comiendo cuando lo ganaba, como obrero mecánico empleado en una mina de hierro. Acababa de cumplir veintiseis años, cuando en tiempo de Luis XVIII, al volver á Beauclair, encontró el señorío de sus mayores de nuevo menguado, perdidas las dos alquerías, simplemente reducido el parque actual, pequeño, y fuera, dos mil hectáreas, cubiertas de gujarros, sin valor alguno. La desgracia le había hecho muy demócrata; comprendió que ya no podía ser un Beauvisage, y en adelante firmó sencillamente Jordán; se casó con la hija de un colono de Saint-Cron, muy rico, y la dote le permitió construir sobre las cenizas del palacio la casa de ladrillos, que su nieto habitaba todavía. Pero convertido en trabajador, con las manos aun negras, se acordó de la mina de hierro de Austria, del horno alto en que había servido; y ya en 1818, buscó y descubrió una mina semejante entre las tristes rocas de su dominio, mina cuya existencia sospechaba, gracias á ciertas narraciones legendarias de sus padres: luego encima de la Crécherie, á media falda, instaló el horno alto, el primero levantado en la comarca. Desde entonces no fué más que un industrial, sin realizar jamás grandes

negocios, siempre en lucha, falto del dinero indispensable, y sin más títulos al reconocimiento del país que el de haber traído á él, por causa de su horno alto, los trabajadores de hierro, fundadores de las ricas fábricas actuales, entre otros Blas Qurignon, el tirador que había fundado el Abismo en 1823.

Tuvo Aureliano Jordán un hijo, Severino, pasados los treinta y cinco años; y sólo á su muerte, en 1852, cuando este hijo le reemplazó, el horno alto de la Crécherie llegó á una importancia considerable. Severino se había casado con una señorita llamada Francisca Michón, hija de un médico de Magnolles, en la cual se reveló una mujer de una bondad exquisita, de una inteligencia superior. Llegó á ser la actividad, la sabia prudencia, la riqueza de la casa. Su marido, guiado por ella, amado, sostenido, abrió nuevas galerías en la mina, decupló la extracción del mineral y reconstruyó casi el horno alto para dotarle de todos los perfeccionamientos conocidos. De modo, que con la gran fortuna que ganaron, sólo tuvieron la tristeza de verse sin hijos. Llevaban diez años de casados, y ya Severino tenía cuarenta cuando por fin les nació un hijo, Marcial, y diez años después todavía tuvieron una hija, Sœurette. Esta fecundidad tardía colmó su dicha; la madre sobre todo, fué una madre admirable que dos veces dió vida á su hijo, disputándolo victoriosamente á la muerte, formando su inteligencia, de la propia; su bondad, de su bondad. El doctor Michón, el abuelo, un soñador humanitario, de una caridad divina, un fourierista y un saint-simoniano de los primeros, se había retirado á la Crécherie donde su hija le había hecho fabricar un pabellón; justamente el que Lucas ocupaba. Allí había muerto entre sus libros y la alegría del sol y de las flores. Y hasta la muerte de la adorable madre, cinco años después de las del abuelo y del padre, la Crécherie vivió en el contento de una prosperidad y de una felicidad constantes.

Marcial Jordán tenía treinta años, y su hermana veinte cuando quedaron solos; cinco hacía de esto. El, á pesar de su escasa salud y de las continuas enfermedades de que su madre le había curado á fuerza de amor, había pasado por la Escuela politécnica.

Pero desde su vuelta á la Crécherie, abandonando todas las situaciones oficiales, dueño de su destino gracias á su fortuna considerable, se había apasionado por las investigaciones que abrían al estudio de los sabios las aplicaciones de la electricidad. Hizo construir al lado de la casa de ladrillos un gran laboratorio, instaló bajo un cobertizo próximo una poderosa fuerza motriz, después fué haciéndose poco á poco especialista, y acabó por entregarse casi por completo al sueño de realizar la fundición de los metales en hornos eléctricos, no teórica, sino prácticamente, para la explotación industrial. A partir de este momento, se encerró, vivió á lo monje, solo para sus experiencias, para su gran empeño, que vino á ser su existencia misma, su razón de ser y de obrar. Su bermanita había reemplazado poco á poco para él á la madre perdida: pronto fué Sœurette su fiel Angel de la Guarda, siempre vigilante, cuidándole, rodeándole del cariño que necesitaba como del aire. Se encargó ella también de dirigir la casa; le evitó cuidados materiales, le sirvió de secretario, de ayudante en las preparaciones, sin ruido, toda paz y dulzura, con tranquilo sonreír. Por fortuna, el horno alto seguía marchando sólo. El antiguo ingeniero Laroche estaba á su frente, hacía más de treinta años, como un legado del fundador, Aurelio Jordán; de suerte que el Jordán actual, enfrascado en sus experiencias de laboratorio, podía descuidar completamente las realidades del día. Dejaba al buen señor dirigir el horno alto, según la rutina adquirida, pues él había cesado de pensar en refórmas, posibles perfeccionamientos, considerando todo esto como progresos relativos y transitorios sin importancia, desde que buscaba la transformación radical, aquella fundición del hierro por la electricidad, que había de ser una revolución en la industria metalúrgica. La misma Sœurette tenía que intervenir á veces, resolver algunas cosas con Laroche, cuando sabía que su hermano estaba preocupado en alguna investigación, y no quería turbarle, distrayéndole en otras atenciones. Pero de repente, la muerte de Laroche acababa de traer tal desbarajuste á la marcha tan regular de las cosas, que Jordán creyéndose bastante rico y sin ambición



alguna, se hubiera desembarazado de buen grado del horno alto, iniciando desde luego tratos con Delaveau, cuyo deseo conocía, si Sœurette más prudente no hubiese conseguido de él que primero consultaría á Lucas, en quien ella tenía gran confianza. Por esto fué la llamada urgente, causa del repentino viaje del joven á Beauclair.

Lucas conocía á los hermanos Jordán, de haberlos visto en casa de Boisgelin en París, donde habían estado un invierno entero con motivo de ciertos estudios. Muy pronto los había unido una estrecha simpatía, causada en Lucas por la viva admiración que le inspiraba el hermano, cuyo genio científico le apasionaba, y por el profundo afecto, mezclado de respeto, que le atraía hacia la hermana, en quien veía una divina forma de la bondad. Trabajaba entonces también él con el célebre químico Bourdin, encargado de estudiar minerales de hierro, demasiado sulfurados y demasiado fosfatados, que se trataba de hacer utilizables; y Sœurette, se acordaba de los detalles que Lucas había dado á su hermano, en la conversación de una tarde, cuyo recuerdo estaba en ella vivo, pues como buen ama de su casa, ponía gran interés en lo que importaba á sus asuntos personales. Hacía más de diez años que la mina descubierta sobre la meseta los Montes Bleuses por Aureliano Jordán, el abuelo, estaba abandonada, porque se había llegado á dar con filones abominables en que el azufre y el fósforo dominaban de tal manera, que el mineral fundido no daba para pagar los gastos de extracción. Había, pues, cesado la explotación de las galerías; el horno alto de la Crécherie estaba ahora alimentado por las minas de Granval, cerca de Briás, de las cuales un ferrocarril de vía estrecha traía el mineral bastante bueno, hasta la plataforma del cargadero, lo mismo que traía el carbón de otras minas próximas. Pero esto ocasionaba grandes gastos; Sœurette pensaba con frecuencia en aquellos métodos químicos que acaso permitirían volver á explotar la mina, según lo que Lucas había dicho; y en su deseo de consultarle antes que su hermano tomara una determinación, entraba la necesidad de saber, á lo menos, lo que se cedería

á Delaveau, si mediaba una venta entre la Crécherie y el Abismo.

Los Jordán debían de llegar en el tren de las seis, después de doce largas horas de viaje, y Lucas fué á la estación á esperarlos, aprovechando el coche que los iba á buscar. Jordán pequeño, ruin, de rostro largo y apacible, de expresión vaga, á que servían de marco cabellos y barba de un castaño descolorido, bajó del coche envuelto en un largo abrigo de pieles, á pesar del calor de aquel hermoso día de Septiembre. Fué el primero que distinguió á Lucas, con sus ojos negros muy vivos y muy penetrantes, donde parecía haberse refugiado toda la energía de su sér.

—¡ Ah! mi querido amigo, cuanto le agradezco que nos haya esperado...! No se puede dar idea de tanta catástrofe; aquel pobre primo, tan sólo, tan lejos, que hubo que ir á enterrar; y yo que aborrezco los viajes!... En fin, ya se ha acabado; ya estamos aquí.

—¿ Y con salud y sin demasiado cansancio?—preguntó Lucas.

—No, no mucho. Felizmente he podido dormir.

Sœurette, después de estar segura de que no se había olvidado ninguna de las mantas llevadas por precaución, se acercó á ellos. No era bonita, también pequeña, pálida, sin color, de una insignificancia de mujer que se resignaba á su papel de buena ama de casa y de enfermera.

Sin embargo, una suave sonrisa iluminaba con infinito encanto su rostro sin expresión, donde no había nada hermoso más que unos ojos apasionados, en el fondo de los cuales ardía toda la necesidad de amor que en ella se ocultaba, sin saberlo. Todavía no había querido á nadie más que á su hermano; le amaba como una niña encerrada en un claustro, que sacrificaba á su Dios el mundo. Al punto, antes de dirigirse á Lucas, exclamó:

—Atiende, Marcial, debieras ponerte el pañuelo.

Luego, volviéndose á Lucas, le manifestó con mucha amabilidad su viva simpatía.

—Tenemos que pedirle á usted mil perdones, señor Froment. ¡Qué habrá usted pensado de nosotros, no encontrándonos aquí á su llegada!... Pero al me-